

LA CONSOLATIO DE SEVERINO BOECIO: CONSUELO Y ESPERANZA TEOLOGAL POR LA BELLEZA

GONZALO TEJERINA ARIAS

Universidad Pontificia de Salamanca. Salamanca. España
gtejerinaar@upsa.es

Resumen: La *consolación de la Filosofía*, obra cumbre en la amplia producción de Severino Boecio, debe ser considerada como un ensayo espléndido de la reflexión filosófica que desde Leibniz será la Teodicea. Ante el enigma del mal padecido injustamente –y es el caso del propio filósofo en la cárcel de Pavía– que pone en entredicho la existencia de un Dios creador bueno y providente, por boca de la Filosofía Boecio hace valer el espléndido orden que rige el mundo físico que es la fuente de su extraordinaria belleza y que como hecho incuestionable acredita la existencia del Dios del que necesariamente ha de provenir. Descartando la posibilidad de que el maravilloso orden que todo lo embellece pueda proceder de un azar ciego, Boecio, estribando sobre la *pulchritudo*, construye una sólida argumentación en pro del Principio divino y su providencia amorosa, a la cual, por tanto, la belleza de los seres invita a creer y a confiarse a ella en medio de las mediocridades y violencias de los hombres.

Palabras clave: Teodicea, estética, existencia de Dios, Providencia divina, mal, sentido

THE CONSOLATIO OF BOETHIUS: COMFORT AND HOPE FOR BEAUTY THEOLOGAL

Abstract: The *Consolation of Philosophy*, a masterpiece in the large production of Boethius, should be considered as a splendid essay of the philosophical reflection that from Leibniz will be the called Theodicy. In front of the enigma of evil –as it was the case of the philosopher in the prison of Pavia– that calls into question the existence of a good and provident creator God, Boethius, through the voice of Philosophy, praises the splendid order governing the physic world. This order is the source of its extraordinary beauty, and unquestionably proves the existence of God from who necessarily must come. Ruling out the possibility that the wonderful order which beautifies everything can proceed from a blind chance, Boethius, leaning upon the *pulchritudo*, builds a strong argument in favour of the divine Principle and its loving providence, in which, therefore the beauty of beings invites to believe amid the mediocrity and violence of men.

Key Words: Theodicy, Aesthetics, God's Existence, Divine Providence, Evil, Meaning.

Formado en Alejandría, con alguna estancia probable en Atenas, Severino Boecio se sitúa en el empeño frecuente en las corrientes del neoplatonismo de conciliar a Platón y Aristóteles, cosa bien observable en la obra que vamos a examinar, en la que además aparecen muchos elementos destacados del estoicismo para dar la síntesis final de lo más granado del pensamiento clásico de Grecia y Roma. De ese pensamiento Boecio es un transmisor cualificado en sus traducciones, comentarios y obras de pensamiento más personal en las que no deja de exhibir su asimilación de lo mejor del mundo antiguo que con él toca su fin definitivamente.

La Consolación es a su vez la cumbre y la síntesis última, más personal y decisiva, de toda la amplia obra filosófica y teológica de Boecio, el libro que los siglos siguientes de la Edad Media considerarán de lectura absolutamente obligada¹ y que ha de ser tenido por un texto clásico del pensamiento europeo. La *Consolatio*, en efecto, penetrará extensamente a partir del s. IX multiplicándose las copias de la obra por todo el Occidente, será ampliamente citada, traducida pronto a lenguas populares y hecha objeto de comentarios en el pensamiento filosófico-religioso hasta el siglo XV, siendo la edad dorada de su difusión el siglo XII en la escuela de Chartres. El célebre canto 9 del libro III, “O qui perpetua mundum ratione gubernas” será, dice M. D. Chenu, el lugar por excelencia de la contemplación teológica de la creación y la imitación de sus formas literarias confirma el crédito filosófico y espiritual de sus temas doctrinales².

La obra ha sido redactada en la prisión de Pavía donde yace injustamente acusado de maquinarse contra el rey Teodorico y de la que saldrá, pasado un tiempo, para ser ejecutado. El escrito se compone como un diálogo cuyos personajes son el mismo Boecio, el hombre encarcelado injustamente que recuenta sus calamidades y desconciertos, y la *Filosofía* por cuya boca el autor expone su propio pensamiento que debe prevalecer por encima de la aflicción y la incertidumbre que le agitan. En el escrito, como es conocido, hay una ausencia completa de la fe y del pensamiento cristiano del autor, el cual se mueve en el estricto ámbito de la razón humana, siendo portadora de lo más decisivo de su reflexión la *Filosofía*,

1 “Muy pronto *La Consolación* se convirtió en la obra más leída y popular después de la Biblia, en una de esas escasas obras a las que se recurre tanto para el estudio como para el consuelo espiritual”, PÉREZ GÓMEZ, L., “Introducción”. Madrid: Akal, 1997, 71. En este trabajo usaremos sobre todo esta edición, la más valiosa de las que hoy existen en español, con amplia introducción y muy abundante acompañamiento de notas explicativas y de referencias a las fuentes de Boecio. La posterior de J. S. Nadal Seib, Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 2003, que trae el texto latino y da una traducción a veces más sencilla, ofrece menor aparato de notas al texto y en la breve presentación biográfica de Boecio, pp. 9-12, depende de la de Leonor Pérez.

2 CHENU, M. D., *La Théologie au douzième siècle*. Paris: Vrin, 1957, 144.

prosopopeya de la facultad y de la reflexión puramente racional del hombre³. De esta suerte, en lo que concierne al tema que aquí hemos de abordar, el origen divino del orden y la belleza del mundo⁴, Boecio se mueve sobre todo en los medios de la espiritualidad cósmica del neoplatonismo que con la cierta salvedad del origen del mundo, como anotaremos, en ningún momento se muestra incompatible con la fe cristiana⁵. Como afirmaba el P. Chenu, la *Consolatio* acrece con razón la reserva del creyente ante un pensamiento que elimina todo enunciado cristiano para atenerse a las solas consolaciones de la filosofía. Empero, los medievales eran más sensibles al sentido religioso, que en verdad penetra toda la obra, que a la ausencia de referencia explícita al misterio cristiano. Los comentaristas de Chartres de la obra boeciana, a propósito de la creación sabían de la exigencia de un Dios creador y no sólo demiurgo providente, pero adoptarán una exégesis favorable a la obra considerando a Boecio como “totus catholicus”⁶.

1. LA DUALIDAD DESCONCERTANTE DEL ORDEN DEL COSMOS Y EL DESORDEN DE LA TIERRA

La obra se quiere hacer portadora a través del personaje, representante del mismo Boecio, de la convicción primaria o más elemental de que mientras el

3 En la obra, la Filosofía “enseña a calmar la rebelión contra la injusticia, a desprenderse de lo terreno, a insertar el destino finito particular en el inmenso e indestructible orden santo del cosmos, en el cual resulta inmediatamente visible el soberano espíritu y la voluntad del Altísimo”, BALTHASAR, H. U. von, *Gloria. Una estética teológica*, IV. Madrid: Encuentro, 1986, 296.

4 Si Boecio ofrece un amplio pensamiento estético, lo que en esta obra hallamos es una estética teológica; sobre su teoría general de la belleza y el arte especialmente en *De arithmetica* y en *De música*, puede verse la presentación de BRUYNE, E. de, *Historia de la estética*, II. Madrid: BAC, 1963, 400-414.

5 Creo muy certera la interpretación que de esta suspensión de lo cristiano, que siempre ha llamado la atención, ofrece Leonor Pérez cuando compara el diálogo con los de S. Agustín en Casiciaco a poco de su conversión: tan convencido Boecio de la verdad cristiana, se vio en posesión del derecho que se había arrogado Agustín de proporcionar soluciones puramente filosóficas, pero perfectamente conciliables con el dogma, a los problemas del sentido de la vida: 63-64. Puede verse el estudio más amplio de SILK, E. T., “Boethius’ *Consolatio Philosophiae* as a sequel to Augustine’s *Dialogues and Soliloquia*”. En: *Harvard Theological Review* 32 (1939)19-39.

6 CHENU, M. D., o. c., 156. Empero, para la dogmática cristiana, y esto quizá visto en este tiempo con particular claridad, la comprensión de la creación –y con ella el misterio del mal en el mundo– no es separable del acontecimiento de Cristo y de su muerte en cruz; puede verse al respecto TEJERINA ARIAS, G., “El misterio del mal y la cruz de Jesucristo”. En: BOROBIO, D. y MARTÍNEZ, A. (Coords.), *La cruz, camino de luz*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 149-173. De modo que la ausencia cristológica en la obra del filósofo latino al final no puede no computarse como una carencia seria en un pensador cristiano.

mundo físico se halla espléndidamente gobernado por Dios con bondad y belleza, el mundo de los hombres, en cambio, está sometido a la mayor arbitrariedad que causa tantos atropellos y sufrimientos como los que de hecho padece el autor en la prisión injusta en la que redacta el libro. Boecio, sin embargo, como le hace saber a la Filosofía, bajo su magisterio, aprendiendo de ella cómo es el orden cósmico, siempre quiso someter su vida a ese modelo, lo que no hace sino agudizar su dolor: “¿Es esta la recompensa que he merecido por haberme sometido a tu voluntad?”⁷.

Desde el primer momento, pues, se perfila esta dualidad neta que conduce a distintas posiciones o se expresa de diversa manera por boca del personaje, desde la perplejidad y la turbación sobre la actuación de Dios que no impide el mal⁸, hasta la invocación para que proyecte sobre la historia humana el orden con que esplendorosamente gobierna el macrocosmos:

Gobernando todo con un propósito preciso,
Solo las acciones de los hombres rehúsan
Controlar, cuando tan mercedamente podrías dirigir las
.....
¡Vuelve la mirada hacia la pobre Tierra,
Tú, quienquiera que seas, que conciertas las leyes del universo!
Los hombres, una parte no despreciable de tan gran obra,
Somos sacudidos por los remolinos de la Fortuna⁹.

Pero todas las posturas que exprese el interlocutor del diálogo se mueven sobre la convicción incommovible de la existencia de Dios que precisamente acredita de modo superior y muy determinante el orden del cosmos. O al revés, sobre la convicción incommovible del orden del cosmos que testimonia a favor del creador divino¹⁰. Dando expresión a sus propios dolores y afanes en la adversidad que padece injustamente, Boecio confiesa el papel de Dios como rector de un universo movido por impulsos llenos de fuerza y de orden, un mundo en el que

7 I, 4, 4.

8 Hay que reconocer la precisión de Boecio al formular la perplejidad tremenda del hombre religioso ante el espectáculo del mal en el mundo de los hombres que Dios consiente. Véase IV, I, 3ss; IV, VI, 5ss. Los desafíos del mal a los que busca respuesta la teodicea hallan aquí una formulación sumamente certera.

9 I, V, 25, 42 ss.

10 En este sentido, con toda exactitud escribe la autora de la edición que manejamos que “el tema que compendia el mundo especulativo de Boecio es el del orden cósmico, estable y libre de bruscos cambios. Sobre esto vuelve una y otra vez, en prosa y en verso, tomando como pretexto algunas de sus manifestaciones más evidentes”, 31. El orden cósmico, por lo demás, era una convicción ya muy generalizada en toda la cultura del tiempo de Boecio habiendo pasado del marco del estoicismo a todo el neoplatonismo: id., 32.

los astros obedecen a su ley. No permite Dios que nada trastoque el orden que él ha fijado, aunque seguramente no quepa pensar en un determinismo absoluto cuando en un momento se añade que aquello que por un camino más rápido abandona el orden establecido, no consigue un final feliz¹¹. Sin que se explique cómo, en el mundo creado existiría alguna posibilidad de saltar el orden creacional, aunque ello conduzca a la infelicidad porque como volveremos a ver, la paz se deriva del orden.

Pero si todo el mundo superior es gobernado con un propósito preciso, el mundo de los hombres, extrañadamente, no es dirigido por Dios y campa la ley de la Fortuna caprichosa por la cual se aplasta al inocente, domina la injusticia, la belleza de la bondad se eclipsa y el brillo de la virtud queda oculto en medio de sombrías tinieblas¹². Hay que advertir el modo circunspecto con que el prisionero habla aquí de Dios, sin mención explícita de una posible índole personal o paternal, quedando la descripción en el elogio de su gobierno racional de las cosas, manifestándose incluso ignorante sobre su verdadera naturaleza. Empero, la índole personal del principio trascendente de ordenación queda patente en la invocación que hace el cautivo, que sólo tiene sentido en cuanto dirigida a un interlocutor que ha de tener necesariamente carácter personal.

Es la no simetría de ese orden en la tierra lo que causa el desconcierto del interlocutor y en todo el escrito el gobierno divino del cosmos fungirá como punto de apoyo en el empeño de hacer entender que también acá está activo, por más que los hombres no lo percibamos tan claramente. En el diálogo entre el prisionero de la injusticia y la Filosofía, por parte de ambos se afirma y se reitera el espléndido ordenamiento del cosmos que no puede ser sino obra de un principio de razón, unidad, bondad y belleza trascendente, mientras que sobre la marcha de las cosas de abajo el interlocutor humano repetirá su lamento por el curso aciago. En esta tesitura, la Filosofía en el empeño de darle consuelo, apenas tendrá que emplearse en lo que hace a la marcha del mundo por razón de su orden, bondad y belleza, pero se habrá de esmerar mucho en lo que respecta a la razón y la justicia del mundo de los hombres para hacerle ver que también aquí rige el mismo gobierno divino con su armonía.

2. ASCÉTICA DE LA CONTEMPLACIÓN DE LO BELLO

Antes de examinar con detalle el pensamiento de Boecio sobre la comprensión de Dios a partir del orden cósmico abordamos lo que se puede denominar

11 I, VI, 20.

12 I, V, 1 ss., IV, I, 3-6.

ascética de la contemplación estética, que estaría formada por una serie de acotaciones dispersas por la obra que unidas permiten percibir con claridad mayor lo que es para el filósofo latino la verdadera belleza del mundo o la verdadera experiencia estética. Esto nos ha de llevar a la contemplación del cosmos, que como acabamos de ver constituye su interés verdadero y el objeto de este trabajo.

En consonancia con la convicción inicial del personaje que en cierta medida representa al mismo Boecio sobre el desorden y la injusticia que reinan en sociedad humana, se valora negativamente la belleza de los cargos políticos, cuyo esplendor depende en realidad de la estimación que se haga de ellos, no de una cualidad intrínseca suya. Si los cargos no hacen respetables a las personas, si los hombres deshonestos que los detentan los ensucian, si dejan de brillar o pierden valor según el aprecio de las gentes, no tienen en sí belleza alguna que los haga deseables y por tanto tampoco pueden conferirla¹³.

También en el seno de la horizontalidad de las cosas humanas se crítica a quienes admiran tanto la belleza de seres materiales como son las piedras preciosas. Ante ellos, Boecio se pregunta extrañado cómo un objeto así, privado de actividad y de unidad espiritual, puede ser tenido por tan hermoso por un hombre cuya naturaleza está dotada de vida y de razón, es decir, por un ser superior a él. Las piedras preciosas, que a tenor de las reflexiones anteriores al comentario están asociadas al dinero y a las riquezas materiales, aunque posean alguna clase inferior de belleza –bien por obra del Creador, bien por su propia naturaleza– no deben ser objeto de tanta admiración por parte de los hombres, dotados de una perfección más alta¹⁴. Tampoco está la belleza verdadera en el deslumbramiento de la variedad o riqueza del vestido, en el cual lo que merece realmente ser apreciado es “la calidad del tejido” y “el talento” de quien lo ha confeccionado¹⁵, esto es, seguramente, su valor y belleza natural y también la forma o principio racional de orden y belleza con que ha sido realizado¹⁶.

También frente a la belleza del cuerpo humano se muestra escéptico Boecio, o mejor, en posición de rechazo de la admiración grande que se le pueda tributar. Si el hombre es de grandeza o de fuerza inferior a muchos animales, el esplendor de su belleza, que no se niega, es pasajero, “más caduco aún que las efímeras

13 III, III, 17 ss.

14 II, IV, 5, 9ss. Esta consideración es muy propia del estoicismo y encontrará eco abundante en maestros de la ascesis y la espiritualidad cristiana.

15 II, 5, 17.

16 De ahí que se deba matizar la afirmación de Bruyne, E. de, o. c., 400 sobre la admiración de Boecio por los trajes bonitos; en otro momento el insigne historiador afirma más acertadamente, o. c., 402, la contraposición del filósofo entre los aditamentos bellos –*apposita*– y las cosas naturalmente bellas por mor de su *compositio* interna.

flores de primavera”. Las cualidades del cuerpo que se admira una simple fiebre las puede destruir en tres días y por otro lado, si quien se jacta de la belleza física pudiera ver por debajo de la apariencia de los cuerpos sus vísceras, le parecerían feos¹⁷. Y también desenmascara la belleza de los cargos en la sociedad o el gobierno, que no llegan a hacer respetables a los hombres, por el contrario, al contacto con los deshonestos se manchan, con el paso del tiempo pierden brillo, ceden en la estima de las gentes, en definitiva, no tienen en sí mismos belleza verdadera y no pueden embellecer a nadie¹⁸.

Frente a la estima errada de la belleza exterior de los cuerpos, en vez de admirar “cosas sin valor”, Boecio exhorta a observar la inmensidad del cielo, su estabilidad, la velocidad de los cuerpos celestes, puntualizando, sin embargo, que el cielo es admirable no tanto por esas propiedades, sino “por el principio racional que lo gobierna”. Más allá, por tanto, de fenómenos en sí impresionantes como los citados, a lo que la observación y la admiración han de llegar es al logos interno que sostiene la anchura del mundo, le confiere consistencia y estabilidad y le imprime su movimiento veloz. Es evidente aquí el llamamiento del filósofo a penetrar en la verdad última de la belleza del cosmos y a descubrir su principio de ordenamiento racional, algo bien congruente con su rechazo de la estima de la belleza superficial de los cuerpos, sea el del hombre, sea la de los minerales de la tierra. Aunque la cuestión no nos concierne tan directamente, hemos de mencionar que con esta estima alta de la contemplación de la belleza natural del mundo, el autor sitúa la clave de la felicidad verdadera en el cultivo del propio interior. Ningún bien es mayor que el propio yo y ser dueño de uno mismo será poseer un bien que nadie podrá arrebatar¹⁹. En un altísimo concepto de lo humano, en el que con resonancias del platonismo y el estoicismo no puede no percibirse la antropología bíblica del *homo imago Dei*, Boecio afirma la belleza superior del hombre, “al que el don de la razón ha hecho divino”, semejante a Dios. Ahora bien, según el filósofo, la naturaleza humana está realmente por encima de las demás cosas sólo cuando se conoce a sí misma, y cuando deja de conocerse cae por debajo de los animales que no pueden tener conocimiento de sí, mientras que en el hombre esa ignorancia es imperfección²⁰.

Dentro del aprecio por la hermosura del mundo, se valora positivamente la contemplación de la belleza de los campos que justamente deleita al hombre porque son, en efecto, un parte bella de una bellísima obra que es el mundo en su conjunto. Los hombres disfrutamos al contemplar el mar en calma, o el cielo,

17 III, VII, 7 ss.

18 III, 4, 17.

19 II, IV, 22-23.

20 II, 5, 24-29.

o las estrellas, la luna y el sol. No obstante, esta observación de la naturaleza más inmediata recibe también ciertas acotaciones de índole moral. No debe el hombre sentirse propietario o artífice de lo hermoso de esos seres y Boecio, como hacía y hará toda teoría estética, prescribe una contemplación pura, exenta de toda vanagloria o posesividad, porque esas criaturas no son obra ni propiedad suya: “¿Acaso te pertenece alguna de ellas? ¿Te atreves a jactarte del esplendor de alguna de ellas?”²¹. No es el hombre quien se adorna con flores en primavera ni su fertilidad hace crecer los frutos en verano. Si es cierto que los frutos de la tierra están destinados a ser alimento, no es preciso aspirar a una saciedad abusiva; la naturaleza, hay que pensar aquí en la naturaleza humana, se conforma con pocas cosas y los bienes superfluos con los que sea sobrecargada serán desagradables y nocivos.

3. AFIRMACIÓN DE DIOS A PARTIR DEL ORDEN Y LA BELLEZA DEL COSMOS

Incluso, pues, al hombre que yace en la prisión de la injusticia humana, el orden del mundo le muestra con toda eficiencia la existencia y la acción creadora de Dios. Cuando la Filosofía le pregunte abiertamente si en su opinión el mundo se mueve por hechos accidentales y fortuitos o por el contrario existe en él un control racional, el prisionero responde sin titubeo que le parece imposible pensar que algo tan bien determinado sea movido por un azar ciego, estando convencido, por el contrario, de que “Dios preside, como creador, su obra, y nunca llegará el día que me aparte de la verdad de esta convicción”²². A esto la Filosofía responde valorando del modo más alto la persuasión de Boecio sobre el gobierno divino del mundo como una verdadera fuente de salvación para él. Con esa convicción, que en el personaje y en la obra es realmente basilar, puede concebir toda esperanza y sentirse seguro: “No debes tener por tanto ningún miedo”. Esta verdad luminosa, poseída con tanta certeza, será fuente de enormes beneficios: “A partir de ahora, de esta pequeñísima chispa brillará para ti el calor de la vida”²³, lo que se debe entender en referencia a la fuerza cálida que de esta convicción radical se irá derivando merced a los razonamientos que la Interlocutora será capaz de hacer estribando justamente sobre esa verdad fundamental que es posesión preciosa del cautivo. La consolación de la Filosofía al hombre abatido por males injustos ofrece aquí una de sus promesas más esperanzadoras sobre la

21 II, IV, 5, 12.

22 I, V, 6, 3 ss.

23 I, VI, 20.

base de la verdad decisiva del reconocimiento del orden divino del cosmos, que lejos de ser un conocimiento meramente intelectual es fuente de vida.

En efecto, compuesto el mundo de partes tan diferentes y opuestas, no habría podido constituirse en su forma unitaria si no hubiese un ser dotado de unidad y capaz de unir elementos tan diversos. En todos los razonamientos de la obra a este respecto es relevante la insistencia en la disparidad de los elementos presentes en el mundo; insistencia no sólo en su diversidad sino en la oposición de sus fuerzas o movimientos, lo que hace tan exigible racionalmente la idea de un principio unificador que a cada instante, respetando esa diversidad enorme, sostiene el mundo como totalidad unificada. Este es el raro ordenamiento de las cosas, que sin suprimir su heterogeneidad, es capaz de unirlas. De unirlas y de mantener en unidad, porque los seres unidos, en su diversidad entrarían en contradicción si un principio no mantuviera la cohesión. Y aquí es preciso tener en cuenta que para Boecio, como para cualquier metafísica clásica o para cualquier metafísica sin más, ser es ser uno, la unidad es condición necesaria del ser, verdadero trascendental sin el cual nada es, lo que el autor latino expone con reiteración: “Lo que tiende a subsistir y a perpetuarse desea ser algo único, pues si se destruyese esta unidad, ni siquiera le será posible conservar la existencia”²⁴. Por lo cual, en definitiva, sin la razón divina que sostiene en la unidad la diversidad de los seres, no habría ser alguno, no habría sino la nada. El orden de la naturaleza no procedería de forma tan estable, los distintos elementos no desplegarían movimientos tan acordes a lugares, tiempos, espacios, etc., si no existiera un principio único que permaneciendo inmóvil regulara tanto cambio. Sea lo que fuere eso en virtud de lo cual subsiste y se mueven los seres, concluye Boecio, “yo con un nombre usado por todos, lo llamo Dios”²⁵.

Obsérvese la conclusión de la argumentación racional apelándose a la identificación general de ese principio con aquello que designa el nombre de Dios, una fórmula que se repetirá en la tradición de los procedimientos demostrativos de la existencia de Dios²⁶. Tal manera de concluir, como se ha dicho de casos análogos, en realidad presupone un concepto de Dios que aquí es re-conocido mediante la consideración del orden cósmico, o que es aplicado al principio cuya existencia permite concluir la observación del cosmos. Hay, pues, un conocimiento previo

24 III, X, 11, 36; “Todos los seres desean la unidad”, III, 10, 11, 37; “todo subsiste mientras sea uno, pero perece cuando deja de ser uno”, III, 11, 13.

25 III, XI, 12, 8.

26 Así, como es sabido, en el caso señero de las *quinque viae* de Sto. Tomás: “et hoc omnes intelligunt Deum” (1ª), “quam omnes Deum nominant” (2ª)..., ST, I, 2, 3. O la identificación de Leibniz, “est scilicet Ens illud ultima ratio rerum, et uno vocabulo solet appellari Deus” en las 24 tesis metafísicas.

de la realidad divina que por algún camino, también racional, se ha debido alcanzar, y los procedimientos de la tradición cristiana que han pretendido un valor probatorio nunca ocultaron que partían de un conocimiento anterior de Dios²⁷, lo cual nada quita al efecto mostrativo de dicho procedimiento racional. Quien hace un razonamiento de esa índole tiene ya noticia del ser divino que luego, ahora, está reconociendo y razonando a partir del ordenamiento del mundo, sin que con esto dicho razonamiento pierda algo de su presunta efectividad probatoria a respecto del principio trascendente de la unidad y la armonía de lo real. También porque gracias a ese razonamiento el creyente es capaz de reconocer personalmente la realidad de Dios. Esa argumentación no es extrínseca, exterior o posterior a su fe, de manera que el escrito de Boecio en este paso perfila con claridad la situación propia del pensamiento creyente que expone el armazón racional de la fe ya poseída, sin el cual ésta no existiría, aunque pueda haber otros factores suprarracionales igualmente constitutivos en esa fe religiosa suya.

Los cuatro elementos del cosmos en su naturaleza opuesta están entre sí relacionados en una armonía compleja: el frío coexiste con la llama y lo seco con lo húmedo, de tal suerte que así se evita que el fuego sea demasiado puro y se evapore y que el peso de la tierra demasiado seca la arrastre al fondo de las aguas²⁸. Y esta armonía racional con que Dios rige el mundo se describe o se expresa mediante el número: “Tú ligas los elementos con números”²⁹, emergiendo así, aunque no cuente con más desarrollos, el tema pitagórico del número como sustancia de la racionalidad y la belleza del mundo, que en el seno del pensamiento cristiano había tenido ya una acogida franca en el pensamiento de S. Agustín, para quien la lógica y la racionalidad del mundo tiene una firme expresión numeral³⁰.

27 Recordamos la observación de K. Rahner: “Una prueba refleja de la existencia de Dios no quiere transmitir un conocimiento en el que un objeto totalmente desconocido hasta ahora, y por ello también indiferente, es traído desde fuera a los hombres.... Si se entendieran así las pruebas de la existencia de Dios, podría objetarse de antemano que no se sabe nada de Dios. ¿Y cómo podríamos explicar a alguien que él *debe* ocuparse de tal pregunta?”, *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, Barcelona 1979, 92. Como se sabe, caso paradigmático al respecto es S. Anselmo, quien ofrece el argumento ontológico en el *Proslogion* que es toda una invocación a Dios y antes de la exposición concreta implora con firmeza la ayuda divina.

28 Dentro de una cosmología religiosa, Boecio añade (III, 9, 14s) que también el alma que mueve el mundo, motor universal, situada en su medio, está formada por elementos opuestos –“lo mismo” que es inmaterial y eterno, “lo otro” que es temporal y mutable y “el ser” resultante de la unión de ambos– y engendra el movimiento: el doble movimiento circular, con dos órbitas, la vuelta sobre sí misma y el giro en torno al Espíritu divino moviendo el cielo según su ejemplo.

29 III, IX, 10.

30 Sobre la hermosura de la naturaleza dependiente de los números en la estética boeciana, Bruyne, E. de o. c., 401ss.

Esta razón divina es la Providencia que todo lo mueve y lo armoniza combinándolo y transformándolo alternativamente, de manera que el universo es regido del mejor modo por la simplicidad de la Inteligencia divina que produce un orden rigurosamente concatenado de causas, estabilizando con su inmutabilidad las cosas mudables, que de lo contrario quedarían abandonadas al azar³¹, o sea al caos, a la pérdida de la unidad necesaria y por tanto a la nada.

Cuando una vez más en el libro IV el prisionero haga patente su perplejidad, pues a la vista de tanta injusticia en el mundo si creyese que el azar lo mueve todo a su capricho estaría menos sorprendido que creyendo como cree en un Dios que gobierna el universo, la Filosofía le responderá reiterando que aunque se ignore la causa de la compleja organización del mundo, dado que es gobernado por el Guía divino, no cabe dudar que todo procede según una lógica³². Donde se puede observar que el orden en su transcendencia y superioridad lleva a la conclusión firmísima de la existencia del Principio ordenador que no pueden conmover los desordenes menores que abundan entre los hombres y al cual por tanto hay que confiarse. Frente a la objeción del mal en el mundo, por boca de la Filosofía, Boecio sostiene que los hombres son incapaces de percibir ese orden, y si el mundo a veces parece confuso y desordenado, cada cosa, sin embargo, está ordenadamente dispuesta según una norma interna que la dirige hacia el bien³³. Nada hay en el mundo de los hombres que pueda alterar el orden superior que desde la Providencia divina todo lo rige hacia el bien, bien que no dejan de buscar los mismos malvados. Ciertamente, en el mundo hay males, pero la Filosofía le dice al prisionero que lo que sucede en contra de sus expectativas humanas, en realidad corresponde al orden apropiado de las cosas, aunque para su modo de ver parezca una confusión absurda. Por lo demás, Dios da a los hombres cosas distintas según convenga a la naturaleza de sus almas, y así a unos acosará para que una larga prosperidad no los ablande y a otros los tratará con dureza para que fortifiquen sus virtudes, produciéndose todas estas pruebas “justa y metódicamen-

31 IV, V, 6, 18 ss. Véase también IV, VI, 35 ss. A partir de IV, 6, 8 Boecio ofrece una larga disquisición en la que quiere distinguir entre la Providencia de Dios y el Destino: la primera, la Inteligencia divina en su pureza y soberanía; el segundo, la actuación de aquella en lo que mueve y ordena en el mundo, “la disposición inherente a todo aquello que puede moverse” mediante la cual la Providencia mantiene a cada cosa en su orden natural. La distinción, que no podemos examinar con más detalle, tiene su valor teórico en orden a comprender tanto la transcendencia divina como un grado de autonomía en el discurrir de los seres del mundo.

32 IV, 5, 6-7.

33 IV, VI, 21 ss; ver también IV, V, 54 ss.

te”, es decir siempre bajo el espléndido orden con que Dios rige todo³⁴. Aunque en un momento este orden se altere –y hay que pensar que sea la ocasión del sufrimiento– al final el dinamismo ordenador prevalece porque el elemento desordenado, saliendo de su lugar, viene a recaer en otra lógica, el caos es aparente, esa realidad nunca quedará ajena a un ordenamiento, aunque éste sea nuevo o distinto, nunca volante, al albur de un azar ciego o arbitrario, cosa que el filósofo latino busca excluir siempre: “Si algo se aparta del lugar que le ha sido asignado en este orden, vuelve a caer siempre en un orden, aunque sea diferente, para que nada en el reino de la Providencia sea dejado al azar”³⁵.

En definitiva, merced a la actuación de la Providencia divina, el mundo está ordenado: el origen de todos los seres, su evolución, todo lo que se mueve, tiene sus causas, su orden y su forma en la inmutabilidad de la inteligencia divina que ha fijado una compleja regla para el gobierno de las cosas³⁶. Al prisionero, cansado quizá por la aridez de sus razonamientos, la Filosofía le ofrece aquí el alivio en la poesía en el canto VI de este libro IV, que vuelve a cantar la belleza del mundo, siempre eficaz en orden a confirmar toda argumentación objetiva y toda convicción subjetiva. En efecto, si el hombre con la razón purificada, libre de errores sobre el orden de lo real, quiere conocer las leyes de Dios ha de mirar al alto cielo, donde

por la perfecta armonía del universo,
los astros observan una antigua paz³⁷

porque para el filósofo latino, como para San Agustín³⁸, la paz deriva del orden y la armonía.

34 IV, 6, 34, 40-41. Como ya había dicho San Agustín y dirá Leibniz en la *Teodicea* a propósito del mal físico, citando al Obispo de Hipona y a Sto. Tomás, Boecio sostiene que la potencia divina transforma los males en bienes, porque utilizándolos debidamente de ellos logra obtener bondades: IV, 6, 52.

35 IV, 6, 53. Al final del libro, por boca de la Filosofía, Boecio rechaza la existencia del azar, “palabra absolutamente vacía de contenido”, porque si Dios obliga a todas las cosas a seguir un orden, no hay lugar para la casualidad: V, 1, 8. Inevitablemente, estas reflexiones llevan a preguntar si con este firme concatenamiento causal el hombre es realmente libre, lo que en el final de la obra se torna una cuestión seria a la que Boecio quiere responder positivamente: V, 2, 3 ss.

36 IV, 6, 8 ss.

37 IV, VI, 1 ss.

38 Según la célebre definición agustiniana la paz es “la tranquilidad del orden” y el orden es la disposición de los seres que designa a cada uno el lugar que le compete, *La Ciudad de Dios*, XIX, 13, 1.

Estas convicciones sobre Dios como principio de armonía del mundo llegan a tomar la forma de la proclamación, de un verdadero canto de alabanza, en el himno final del libro III, donde Boecio ensalza a Dios, sembrador de la tierra y del cielo, que ha hecho salir al tiempo de la eternidad, que gobierna el universo con una ley perpetua, que hace moverse a todas las cosas y que es, en definitiva, fuente de la hermosura que se deriva de ese ordenamiento:

Tú que eres todo belleza,
Llevas en tu mente la belleza del universo,
Lo formas a tu imagen semejante
Y le impones a partes perfectas
que llevan a cabo un todo perfecto³⁹.

Dios, absolutamente bello, ha hecho el mundo según el patrón de su hermosura, –“lo formas a tu imagen semejante”–, siguiéndose aquí la teoría ejemplarista de la tradición platónica y luego cristiana de muchos Padres de la Iglesia. A partes perfectas les ordena que constituyan un todo perfecto, es decir, cada ser individual en su belleza ha sido orientado por el Creador a formar con los demás una totalidad ordenada y hermosa.

Desde el trono celeste, dirá más adelante Boecio⁴⁰, al que atravesando las diversas esferas según la teoría elaborada por Platón puede llegar el alma, Dios, sin moverse, gobierna el mundo y sus movimientos, como soberano resplandeciente del universo. Y a Dios, fuente y origen del cosmos en su orden y belleza, ruega el autor que permita al espíritu llegar hasta Él que es su destino y su sede y allí contemplar la fuente del bien y de la luminosa hermosura, de modo que hallada de nuevo la luz pueda el hombre fijar en Él la clara mirada de la mente. Dios, en efecto, es el único bien, el Bien Absoluto, que puede otorgar al hombre la felicidad genuina que consiste en ser autosuficiente, poderoso, digno de respeto, glorioso y lleno de alegría⁴¹. Nada hay mortal que pueda llevar a los humanos a un estado semejante, y por tanto queda invocar a Dios, Padre de todos los seres, que disipe las oscuridades de la tierra pues suya es la tersura, la armonía

39 III, IX, 7-9. Sobre la reminiscencia en el poema de himnos neoplatónicos sobre el gobierno divino del mundo, véase la Introducción de L. Pérez, 35.

40 IV, I, 20-24.

41 III, 9, 1-33. BALTHASAR, H. U. von, *o. c.*, 298-299, ha identificado estos caracteres, que para Boecio integran la verdadera felicidad, como designando cada uno la misma realidad bajo un aspecto especial, cual notas transcendentales del bien y de lo bello y como caracteres del Bien absoluto que es Dios. La interpretación es legítima en cuanto para Boecio no hay bien en el mundo que pueda aportar semejante felicidad, y hay que invocar a Dios “para merecer encontrar la morada de aquel bien supremo” y, en efecto, se le pide que conceda contemplar la Fuente del Bien que es él mismo.

supraterrenal, y así, sin las sombras de las miserias del mundo puedan los hombres contemplar la simpar belleza de Dios a la que están destinados:

Disipa las nubes y el lastre de la masa terrena
Y brilla en tu esplendor, pues tú eres el cielo sereno
Tú el reposo y la paz de los justos, contemplarte a ti es nuestro fin⁴².

4. EL AMOR Y EL BIEN DIVINO, PRINCIPIO DE ARMONÍA Y BELLEZA

Si, pues, Dios es el principio creador y ordenador del mundo y fuente de su belleza, el célebre poema con que cierra el libro II de la obra⁴³ presenta otra identidad de este principio de armonía universal, el Amor, que el texto no identifica expresamente con el Dios fuente del ser, del orden y la belleza, pero que no puede no ser considerado como una designación de la divinidad. Boecio describe de nuevo los movimientos físicos que se dan paradójicamente en una rara estabilidad mediante la conjunción de elementos no sólo distintos sino opuestos, unidos en una alianza que crea comunión y consistencia:

Si el mundo con fiel estabilidad
Alterna constante sus ciclos,
Si elementos opuestos
Respetan un pacto eterno...

Si el sol (Febo) trae la luz en su carro de oro para que la luna (Febe) gobierne la noche, si el mar contiene sus aguas en un límite fijo, si no crecen las tierras movedizas, este orden que armoniza elementos diversos se debe a quien tiene poder sobre todo, “quien rige tierras y mares y manda en el cielo” que es el Amor⁴⁴. De esta suerte se establece la profunda relación entre orden, amor y belleza, que es absolutamente fundamental en toda teoría estética. En verdad, no puede ser más estrecha la relación entre el amor y la belleza, porque como con

42 III, IX, 25-27. L. Pérez Gómez ha puesto de relieve la sensibilidad pictórica de la poesía boeciana, su gusto por las imágenes coloristas, por los tonos de un cielo vespertino y un sentimiento de la naturaleza melancólico: p. 55. No obstante, BRUYNE, E. de, o. c., 401, señala que la concepción estética del mundo de Boecio es naturalmente musical, lo que no descalifica la afirmación de la editora española.

43 II, VIII, 1 ss.

44 Sobre los filósofos griegos y los poetas latinos, entre ellos cristianos como Prudencio, que hablaron del amor de esta suerte, véase nota 146, p. 177 de la edición de Leonor Pérez y la bibliografía ahí citada. Entre los Padres de la Iglesia, quizá nadie como Agustín expondrá que el “ordo” que todo lo sostiene y que alumbró la belleza del mundo es inequívocamente un ordenamiento amoroso.

singular precisión había escrito Agustín, sólo lo bello puede ser amado⁴⁵ y por otro lado, sólo el amor puede generar el orden más auténtico, la armonía más pura que alumbra la belleza. El amor, pues, para Boecio es el vínculo que todo lo une y si aflojara su rienda, todas las cosas en su diversidad dispar se harían la guerra y así destruirían el conjunto armonioso,

El mecanismo que de común acuerdo
Animan ahora con su elegante movimiento

es decir, romperían, si faltara el vínculo del amor, la fábrica universal que ahora forman cosas tan opuestas⁴⁶, el mundo en su totalidad al que de consuno constituyen y dan vida con su hermoso encaje dinámico, con la gracilidad de un movimiento de integración general⁴⁷.

El amor, además, es el vínculo de unión en el interior de realidades humanas: mantiene unidos en un pacto sagrado a los pueblos, estrecha en sagrado matrimonio y dicta sus leyes a los amigos fieles. Boecio, sin embargo, da a entender lo relativo o falto de la universalidad deseable que es el vínculo amoroso en las cosas de los hombres cuando dando término al poema la Filosofía le dice cuán feliz serían los hombres si sus corazones fueran gobernados por el amor que rige el cielo. En la naturaleza, en efecto, el amor que todo lo une alumbrando la belleza posee un determinismo que por un momento puede ser envidiado en las cosas humanas aunque no haya lugar por razón de la libertad.

Cuando más adelante se diga que es el bien aquello con lo que Dios gobierna en armonía el mundo, cuando el efecto de unión a través del bien se exprese en términos muy parecidos a los del vínculo amoroso, el filósofo apuntará con claridad a la convertibilidad del *pulchrum* y el *bonum*. Dios, en efecto, por sí solo dispone por medio del bien todas las cosas. Él es el bien y este bien es el “timón y gobernalle que conserva el mecanismo del mundo estable e íntegro”⁴⁸.

45 “¿Amamos algo que no sea bello?... ¿Qué es lo que nos atrae y aficiona en las cosas que amamos? Si en ellas no hubiera una belleza externa y una armonía interna, no ejercerían atractivo alguno sobre nosotros”, *Confesiones* IV, 13, 20.

46 En el subrayado de la diversidad de los seres, véase, como mera descripción, independiente de la argumentación a favor de un principio trascendente de unidad, el comentario sobre la variedad de los seres vivos de la tierra, V, V, 1 ss.

47 Ese amor recíproco entre los seres renueva los eternos cursos, los movimientos fijos del cosmos, de tal suerte que de las regiones estrelladas está desterrada la discordia: 280. Sin el vínculo amoroso, común a cuanto existe, todo se desintegraría: IV, VI, 40 ss.

48 III, 12, 14 ss. Véase también III, XII, 22.

En un momento, acabando el libro III⁴⁹, Boecio suma un argumento más que corrobora lo ya dicho de la existencia de Dios como perfecto bien de quien dimanarían todos los bienes conocidos. El bien supremo, señala la Filosofía, ha de existir y es la fuente de todos los bienes. En efecto, todo aquello que se define imperfecto, es considerado así en cuanto copia degradada de lo perfecto. El ser imperfecto que exista en cualquier ámbito de realidad en ese mismo terreno ha de existir también el ser perfecto, pues de no existir la perfección, nada se podría considerar imperfecto. Se aprecia bien que el argumento es distinto de aquel que estriba sobre el orden cósmico que desarrolla con amplitud la obra, y se corresponde a lo que Sto. Tomás expondrá en la vía cuarta sobre los grados de perfección, fundándose sobre todo en Platón y que ya había comentado San Agustín. En la explicación del argumento, el filósofo hará ver que el ser no se ha formado a partir de elementos degradados, sino a partir de elementos perfectos desde los cuales deriva por degradación.

* * *

Como en el de todo clásico, en el pensamiento de Boecio sobre el orden, la belleza del mundo y la convicción derivada de su origen en Dios, hay algo de imperecedero. Tras siglos de desarrollo racional, con el nacimiento de nuevos saberes sobre el mundo natural, nuevos métodos y nuevos conocimientos, con todo el enorme vaivén de investigaciones e interpretaciones sobre la constitución de lo real, la física y la filosofía actual siguen debiendo dar razón del portentoso orden racional del mundo, de su armonía, consistencia, fecundidad y belleza. En este empeño, la visión de la que Boecio se erige en representante tan cualificado, en los términos esenciales con que con singular maestría él la expone, sigue siendo una interpretación inevitable. A la razón que investiga el orden del mundo y que se pregunta por el misterioso principio que tiene en unidad la diferencia ontológica y alumbra la elegancia y fecundidad de la cohesión de los distintos y los opuestos, la repuesta de Boecio sigue siendo la respuesta de eminente razonabilidad. A la pregunta que en el libro formula la Filosofía, si el mundo se mueve por hechos aleatorios o desde un principio racional, la respuesta segura del autor sobre lo impensable que resulta que algo tan bien ordenado sea movido por un azar ciego, esa respuesta nunca ha sido desacreditada por ninguna ciencia. Al espíritu que recoge y orienta todos los dinamismos del alma humana y los abre hacia la armonía y la belleza trascendente de lo real que el hombre no ha puesto, que sólo puede contemplar y recibir en sagrada comunión, el descubrimiento y la confesión de Boecio merced a su propia contemplación del Dios creador, belleza infinita, madre de todas las hermosuras, ha de ser por siempre el testimonio espiritual más gozoso y consolador.

49 III, 10, 3.